

LA ANTROPOLITICA

Edgar Morin

TIERRA PATRIA
Capítulo 6

En este siglo se ha pasado de la política del buen gobierno a la política-providencia, del Estado-gendarme al Estado asistencial.

La política comenzó amparando a la economía con el proteccionismo del siglo XIX y con las leyes antitrust; después la política se hizo cargo de la economía con la orientación y el estímulo del crecimiento, el control o el comando por parte del Estado, la planificación.

Las necesidades de los individuos y de las poblaciones entraron en el ámbito de incumbencia de la política.

- La asistencia a las personas y su protección se ejercen por medio de diversas prestaciones, seguros de vida, de trabajo, a la enfermedad, a la vejez, así como servicios como las maternidades, guarderías, casas de retiro y pompas fúnebres.
- La reparación de los daños causados por catástrofes naturales (inundaciones, terremotos, etc.) se incluye, cada vez más, entre las obligaciones de los gobiernos.
- La política de la educación se ha sistematizado y ampliado en política de la cultura y del ocio.
- La libertad o el control de los medios de comunicación modernos se vincula con la problemática política.
- Con mayor amplitud, la prosperidad y el bienestar han sido elevados al rango de los fines políticos.

De ese modo, la política ha penetrado todos los polos de la sociedad, a la vez que se dejaba penetrar por todos los problemas de la sociedad.

Los problemas de vivir y de sobrevivir, en el sentido literalmente biológico del término, irrumpieron espectacular y generalizadamente en la política:

- La política de salud sucedió a la asistencia pública y concierne no sólo a enfermos e inválidos sino en adelante al conjunto de la población; ella se ha hecho cargo tanto de la lucha contra el cáncer y el Sida como contra las drogas o el tabaco.
- Una política de garantizar el mínimo vital se ha generalizado en los países afianzados, mientras que la lucha contra el hambre en los países pobres se ha vuelto resorte de la política internacional.
- La demografía se ha vuelto una preocupación política fuerte, haya tendencia al despoblamiento o a la sobrepoblación.

Las posibilidades de intervención biomédicas, que afectan y transforman la muerte, el nacimiento, la identidad, plantean problemas políticos:

- La eutanasia, la donación de órganos, la transfusión de sangre, el derecho al aborto, la conservación de espermatozoides, la fecundación artificial, las madres portadoras y, sobre todo, las manipulaciones genéticas, que van a permitir determinar el sexo, luego las cualidades físicas y quizá psicológicas del infante por nacer, se han vuelto problemas no sólo individuales y familiares sino que requieren de decisiones políticas.

De ese modo, con la posibilidad de modificar la forma de transmisión del patrimonio hereditario y el propio patrimonio, la naturaleza humana y la naturaleza de la sociedad entran en la problemática política: vivir, nacer y morir ya están instalados en el campo de la política. Las perturbaciones que afecten las nociones de padre, madre, niño, masculino, femenino, es decir, lo que había de fundamental en la organización de la familia y de la sociedad, requieren normas políticas. La noción de ser humano, que ha llegado a ser modificable por manipulaciones, corre el peligro de ser normalizada por un poder político que disponga del poder de manipular el poder de manipulación.

Confrontada con problemas antropológicos fundamentales, la política se vuelve, sin quererlo y muchas veces sin saberlo, una *política del hombre*.

A la vez, el planeta en tanto tal se politiza y la política se planetariza: la amenaza del arma termonuclear sobre la humanidad ya era un problema político mayor- veinte años después la ecología se ha transformado en un problema político no sólo local (degradación de los ecosistemas) sino también global (alteración de la biosfera).

Consecuentemente, la política debe vérselas con la multidimensionalidad de los problemas humanos. A la vez, como el desarrollo se ha transformado en un objetivo político mayor y la palabra desarrollo significa (ciertamente con mala conciencia y de forma mutilada) la asunción política del devenir humano, la política se hace cargo, igualmente con mala conciencia y de modo mutilado, del devenir de los hombres en el mundo. Y el devenir del hombre en el mundo lleva consigo el problema **filosófico**, ahora politizado, del sentido de la vida, de las finalidades humanas, del destino humano. *En los hechos, entonces, la política se ve llevada a asumir el destino y el devenir del hombre tanto como los del planeta.*

POLÍTICA TOTALIZADORA Y POLÍTICA TOTALITARIA

Ya a partir de la Revolución Francesa hubo una irrupción, luego una invasión, de una mitología providencialista y de una cuasi religión de salvación en la política. Para Saint Just, la revolución iba a proporcionar la felicidad de Europa. Marx, por su parte, transformó al socialismo del siglo xix en religión de salvación terrestre, donde el mesías proletario debía abolir todo lo que oprimía y dividía a los seres humanos. Mientras la socialdemocracia daba un sentido sólo asistencial/protector a la función providencial de la política, esa providencia adquirió un sentido casi religioso de salvación sobre la tierra en su versión llamada marxista-leninista. Así la política se encontró investido de la gran misión de las religiones de salvación, con la diferencia de que en lugar de ofrecer la salvación en el cielo después de la muerte, la prometía en la tierra en vida.

La idea de una revolución que cambiaría el mundo y cambiaría la vida, animada por un mito poderoso y una voluntad implacable, inspiró una política que llegó a ser totalitaria. De ese modo, el siglo xx estuvo marcado por el formidable despliegue religioso y místico de la política totalitaria. Su apogeo y después su derrumbe demostraron que, si una política puede sujetar todos los aspectos de la vida de una sociedad, no puede asumir ni resolver la totalidad de los problemas humanos.

Pero a su manera providencialista y religiosa, el totalitarismo expresó los caracteres contemporáneos de la política, que toca todos los aspectos de la vida humana y que debe hacerse cargo del devenir del hombre en el mundo.

LA POLÍTICA VACÍA Y FRAGMENTADA

A la vez que se hinchó hasta hacerse totalizante, la política no totalitaria, tradicional, se vació y fragmentó.

La penetración de la economía, de la técnica, de la medicina, de la biología, etc. en la política introdujo, en los consejos e instancias del Estado y de los partidos, a los tecnócratas, tecnócratas, burócratas, expertos, especialistas que fragmentaron los campos de competencias en función de sus disciplinas y modos de pensamiento compartimentados.

Después, en un número creciente de países, donde los viejos antagonismos ideológicos se debilitaron, la política se vació de las grandes ideas en beneficio de objetivos económicos que se volvieron prioritarios: estabilidad de la moneda, tasas de crecimiento, balanza de comercio exterior, productividad de las empresas, competitividad en el mercado internacional.

En consecuencia, en la fase actual, lo económico guía y hasta absorbe lo político.

De ese modo, a la vez nos encontramos:

- con la extenuación y la esclerosis de una política tradicional que no alcanza a concebir los nuevos problemas que la solicitan;
- o con la superabundancia de una política que engloba los problemas multidimensionales, pero los trata de modo compartimentado, separado, aditivo;

- con la degradación de una política que se deja devorar por los expertos, administradores, tecnócratas, tecnócratas, etcétera.

Allí se halla la gran dificultad: una política del hombre debe asumir la multidimensionalidad y la totalidad de los problemas humanos, pero sin transformarse en totalitaria. Debe integrar la administración, la técnica, lo económico sin dejarse disolver, en realidad despolitizar, por lo administrativo, lo técnico, lo económico.

La política multidimensional debería responder a problemas específicos muy diversos, pero no de modo compartimentado y parcelarizado. Precisa de lo técnico, de lo científico, pero no debe someterse al sistema de la especialización que destruye lo global, lo fundamental, la responsabilidad. Por el contrario, debe sin cesar suscitar la visión de lo global -planetario-, la concepción de lo fundamental -el sentido de la vida, las finalidades humanas-, el sentimiento responsable -que no puede surgir sino a partir de la conciencia de asumir los problemas fundamentales y globales.

Finalmente, si es cierto que lo imaginario no es más que vapor inconsistente, pero forma parte del tejido complejo de la realidad humana, si es cierto que el mito no es una superestructura sino una de las instancias producidas y productivas, causantes y causadas en el bucle autoorganizador de la cultura y de la sociedad, si es cierto que la afectividad, el amor y el odio no dan cuenta solamente de contingencias privadas sino que constituyen una parte vital de lo humano, entonces la política no puede considerar los problemas solamente en el nivel prosaico de lo tecnológico, de lo económico, de lo cuantitativo.

Después del derrumbe de la promesa poética de "cambiar la vida", la política se volvió hiperprosaica (tecnificada, burocratizada, tecnocratizada). Pero debemos saber que el hombre habita la Tierra a la vez poética y prosaicamente (como lo veremos en el capítulo 8)¹ y que la poesía no es sólo una variedad de la literatura: también es un modo de vivir en la participación, el amor, el fervor, la comunión, la exaltación, el rito, la fiesta, la embriaguez, la danza, el canto, que, efectivamente, transfiguran la vida prosaica compuesta por áreas prácticas, utilitarias, técnicas. Existe una complementariedad o alternancia necesarias entre prosa y poesía.

Es decir que si la política del hombre no debe ya asumir el sueño de eliminar la prosa del mundo realizando la felicidad en la tierra, tampoco debe encerrarse en lo prosaico de "la sociedad posindustrial" o del "progreso técnico".

La política que debe penetrar las múltiples dimensiones humanas no debe ser, sin embargo, soberana. La reducción de todas esas dimensiones a la dimensión política no puede ser sino una reducción mutilante y pretotalitaria. Nada *escapa* a la *política*, pero *todo lo que se politiza queda de algún modo fuera de la política*. La política que abarca todo debe ser ella misma abarcada por el todo que ella abarca. Se trata de dialectizar la política y esas dimensiones humanas. El ingreso de todas las cosas humanas a la política debe darle un carácter antropológico. La idea de política del hombre o antropolítica² no deberá entonces reducir a ella todas las dimensiones que abarca: deberá desarrollar la conciencia política, la perspectiva política, reconociendo y respetando lo que, en ellas, escapa a la política.

La idea de política del hombre conduce a la idea de política planetario; la idea de política planetario conduce a la idea de política del hombre. Conjuntamente nos dicen que la política ya no debe ser sólo ni principalmente la política de las etnias, de los partidos, de los Estados.

El carácter multidimensional, planetario y antropológico de la política es la consecuencia de esa toma de conciencia fundamental: *lo que se hallaba en los confines de la política (los problemas del sentido de la vida humana, el desarrollo, la vida y la muerte de los individuos, la vida y la muerte de la especie) tiende a volverse el núcleo. En consecuencia debemos concebir una política del hombre en el mundo, política de la responsabilidad planetario, política multidimensional, pero no totalitaria. El desarrollo de los seres humanos, de sus*

relaciones mutuas, del ser societal, constituye el propósito mismo de la política del hombre en el mundo, que apunta a la persecución de la hominización.

Esa política supera los *aggiornamenti*, las modernizaciones, las posmodernizaciones, pero, vamos a verlo, no descuida lo inmediato, lo local, lo regional, el mediano plazo.

LA COMPLEJIDAD DE BASE ANTROPOLÓGICA

Toda política que tienda a un desarrollo humano y a un mundo mejor debe necesariamente plantearse esta pregunta: ¿qué se puede esperar? Lo que exige interrogar al hombre, a la sociedad, al mundo.

Es lo que hizo Marx, que condujo justamente una vasta y profunda encuesta a partir de los principios de la ciencia y de las categorías filosóficas de su tiempo. Desgraciadamente creyó definitivo lo que no era más que un momento del desarrollo de la ciencia: el determinismo y el materialismo; creyó ingenuamente descubrir la Ley de la Historia, que es bohemia y nunca conoció leyes; se contentó con un concepto mutilado y prometeico del hombre, ignorando al hombre imaginario y la otra cara del Homo *sapiens*, que es el Homo *demens*; sobredeterminó la creencia en el progreso con un ardor mesiánico inconsciente que le dio fe en un mesías político (el proletariado), un apocalipsis (la revolución), una salvación (la sociedad sin clases). Hoy, como lo hemos visto, el quinto siglo de la era planetario permite que las ciencias físicas, biológicas y humanas no aporten ya la última palabra en el saber antro-po-bio-cosmológico, sino que, lejos de eso ? reconozcan la complejidad del *sapiens demens*, la complejidad de lo viviente, la complejidad de la Tierra, la complejidad cósmica. A pesar de la formidable resistencia de las estructuras mentales e institucionales, hoy es posible que el pensamiento complejo dé sus primeros pasos y, sin reducir ni separar, sin, no obstante, mezclar todo e identificar, vincular lo que estaba separado manteniendo distinciones y diferencias.

La antropología compleja puede esclarecer la antropolítica. El hombre no tiene la misión soberana de dominar la naturaleza. Pero puede perseguir la hominización. Esta es aleatoria: el Homo *sapiens demens* tiene, a la vez, bondad original y vicio original, uno y otro mezclados .3 Es preciso reconocer esa ambivalencia, que lleva en ella debilidades, miserias, carencias, crueldades, bondades, nobleza, posibilidades de destrucción y de creación, conciencia e inconsciencia, lo que había hecho Pascal en una página magistral de antropología .4

LA COMPLEJIDAD ENJUICIADA: ECOLOGÍA DE LA POLÍTICA Y ESTRATEGIA

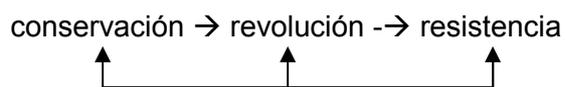
Recordemos el principio de ecología de la política. La política no tiene soberanía sobre la sociedad ni sobre la naturaleza; se desarrolla de modo autónomo-dependiente 3 en un ecosistema social, que forma parte de un ecosistema natural, y las consecuencias de sus acciones, que pronto entran en el juego de las inter-retroacciones del conjunto social y natural, no obedecen sino por un corto lapso y raramente a la intención o a la voluntad de sus actores. Esto es más cierto en la era planetario, donde la interdependencia generalizada hace que las acciones locales y singulares tengan consecuencias generales, lejanas e inesperadas. El principio de ecología de la acción política debe entonces estar siempre presente en el pensamiento antropolítico y en la política planetario.

La estrategia es la conducción razonada de una acción en una situación y un contexto que implica incertidumbres y eventuales peligros. Una estrategia se elabora en función de

finalidades y de principios, encara diversos escenarios posibles de desarrollo de la acción, elige el que le parece más adecuado a la situación: a veces es mejor adoptar un escenario que minimice los riesgos pero también las oportunidades; otras es mejor adoptar un escenario que maximice las oportunidades, pero también los riesgos. La estrategia modifica en su desarrollo el escenario de la acción en función de las informaciones, reacciones, azares, acontecimientos, apariciones o instalación inesperada de obstáculos, y se enriquece en experiencia y en aptitud para responder a la adversidad.

La estrategia de la antropolítica planetario está condenada a desenvolverse en condiciones de extrema incertidumbre. Las previsiones futuroológicas que ilusionaron hace veinticinco años se han derrumbado. Hay tantos procesos entrecruzados, conflictivos, interdependientes, aleatorios, de interacciones y retroacciones en cadena, que no se puede apostar sobre un futuro seguro. Sólo se puede apostar por un futuro deseable, posible pero incierto, elaborando la estrategia que se adapte justamente a la incertidumbre planetario. La estrategia de la antropolítica planetario debe elaborarse a partir de ideas fuerza o ideas guía, es decir de finalidades que ya hemos intentado aislar (véase el capítulo 4).

Los principios antropolíticos son complejos e implican incertidumbre y/o antagonismo en su seno. Eso pasa con el principio de ecología de la acción, que en sí lleva la incertidumbre, pero permite corregir o abandonar la acción cuando contradice la intención. Ya hemos señalado que los principios dialógicos llevan consigo dos o tres imperativos, complementarios/antagonistas, como el principio que vincula



Señalemos también el principio dialógico que debe vincular transformación y regulación. Toda transformación es desorganizadora/organizadora. Descompone viejas estructuras para constituir nuevas. Toda innovación transformadora es una desviación y, como las regulaciones preestablecidas anulan las desviaciones, debe destruir esas regulaciones, pero reconstituyendo nuevas para evitar las desintegraciones que anularían la innovación misma. Hacen falta, en consecuencia, principios, normas, reglas -término que lleva en sí la idea de regulación- para operar la desregulación que permita la innovación y establecer la regulación que mantiene la transformación.

Ya hemos aludido al "minimax", donde el aumento de las oportunidades entraña el de los riesgos e, inversamente, la disminución de los riesgos, la de las oportunidades. En el primer caso, el principio de elección es de audacia; en el segundo, es de prudencia. En consecuencia es difícil decidir en qué momento se debe preferir la prudencia a la audacia. En lo que concierne al curso general del planeta, ya hemos señalado, al colocar la desaceleración entre nuestras finalidades terrestres, que la prudencia debe ser un principio global. Pero ese principio global de ningún modo significa que la aceleración no sea necesaria en las coyunturas de crisis ni que no se requiera de audacia para invertir las inercias. Asimismo, es preciso promover el principio moral según el cual los medios deben acordarse con las finalidades, aunque la concepción compleja del bucle entre fines y medios nos ha mostrado que, en los casos límites, "malos" medios se vuelven indispensables para salvar de lo peor.

Entre los principios debemos señalar también la complementariedad entre el principio de solidaridad y de globalidad, que exige el tratamiento al nivel planetario de los problemas de importancia global y general, y el principio de subsidiaridad, que reserva a las instancias nacionales, regionales o locales el derecho de tratar de modo autónomo los problemas que les competen.

Recordemos por último la complejidad propia del principio trinitaria de Libertad, Igualdad, Fraternidad. Siendo complementarios -es preciso un mínimo de libertad y de igualdad para

que haya fraternidad, un mínimo de fraternidad para que la libertad no sea licencia y que la igualdad sea en principio aceptada-, esos términos son también antagónicos, porque la libertad tiende a destruir la igualdad e ignora la fraternidad, porque la igualdad requiere de restricciones que atentan contra la libertad y porque la fraternidad, a diferencia de los otros dos principios, no puede ser impuesta o garantizada por ninguna ley ni Constitución. Con todo, como lo señalara Jean Onimus, la fraternidad no es más utópica que la libertad y la igualdad, que tampoco pueden ser nunca totalmente instituidas. Dicho esto, ahora debemos referirnos nuevamente al principio de la ecología de la acción para asegurar que las virtudes de libertad, igualdad y fraternidad no resulten pervertidas. ¡Cuántos crímenes contra la libertad se cometen en nombre de la libertad, cuántos crímenes contra la igualdad, en nombre de la igualdad, cuántos crímenes contra la fraternidad, en nombre de la fraternidad!

La estrategia antropolítica también debe obedecer normas. Las normas no son prescripciones moralizantes sino reglas de conducta que derivan de la confrontación con los principios, las finalidades, las ideas fuerza con los estados de hecho, las lógicas dominantes, las tendencias evolutivas en curso. En suma, las normas revelan a la vez finalidades, principios y la consideración empírica de las condiciones de la acción. De ese modo, el principio de prudencia, el principio de calidad -"menos pero mejor"- pueden considerarse normas.

Se podrían desprender dos normas permanentes:

Norma 1. Trabajar a favor de todo lo asociativo, luchar contra lo disociativo. Eso no tiene como consecuencia que haya que mantener restricciones hegemónicas sobre una nación o una etnia que querrían emanciparse. Como consecuencia, en ese mismo caso, la emancipación debe conducir no al aislamiento y a las rupturas de las conexiones preestablecidas -económicas, culturales-, sino a la necesidad de participar en un conjunto asociativo. Así, por ejemplo, la emancipación de los países bálticos debería verse acompañada por su integración en un nuevo conjunto báltico -Suecia, Noruega, Finlandia, Dinamarca, Rusia- y el establecimiento de lazos especiales con Rusia no sólo para salvaguardar las complementariedades económicas sino también para dar un estatus protegido a las minorías rusas que allí se encuentran.

Desde una perspectiva más amplia y profunda, el acuerdo, es decir la asociación y la solidarización debe llegar a ser, como dice Arturo Montes, el nuevo motor principal de la historia, al que se hallaría subordinado el otro motor tradicional, la lucha.

Norma 2. Buscar la universalidad concreta. El obstáculo no proviene sólo de instancias ego o etnocéntricas, que sacrifican siempre el interés general a sus intereses particulares, sino también de una aparente universalidad que cree conocer/servir al interés general, pero que no obedece más que a una racionalización abstracta. La norma de lo universal concreto es de muy difícil aplicación. El interés general no es la suma ni la negación de los intereses particulares. La ecología de la acción nos muestra que la acción al servicio del interés general puede ser desviada en un sentido particular. Nuestra idea del interés general debe ser frecuentemente reexaminada refiriéndonos a nuestro universo concreto, que es el planeta Tierra.

La estrategia de la política compleja precisa de la conciencia de las interacciones entre los sectores y los problemas y no puede tratar aisladamente esos problemas y sectores. Debe actuar sobre las interacciones mismas y evitar los tratamientos unilaterales y brutales.

Tomemos, por analogía, el ejemplo de la protección de las cosechas contra un agente patógeno. Los pesticidas destruyen ciertamente los agentes patógenos, pero también otras especies útiles- destruyen las regulaciones ecológicas provenientes de interacciones entre especies antagónicas y suscitan una sobrepoblación de algunas especies que se vuelve dañina; impregnan los cereales y las legumbres y de ese modo alteran la calidad de los alimentos. En cambio, un tratamiento ecológico para destruir o debilitar una especie dañina

se puede realizar introduciendo una especie antagonista del agente patógeno y la posterior supervisión de las posibles reacciones en cadena.

La política se quedó en las soluciones pesticidas: opera sobre una causa aislada en lugar de considerar las interacciones en bucle. Es así que, para los problemas de salud, de población, de modo de vida, de medio ambiente, se llevan adelante políticas separadas, pero no una política de intervención sobre las interacciones entre esos problemas.

Por otra parte, no se trata solamente de tener en cuenta las corrientes dominantes. Hay que saber que una corriente dominante provoca contracorrientes que pueden llegar a ser muy poderosas. Eso ocurrió con los neoarcaísmos, los neonaturalismos, los neorruralismos y los neorregionalismos que surgieron como reacción a la gran corriente de homogenización y de urbanización de los años 1960. Lo mismo pasó con la corriente ecológica que sorprendió y confundió las políticas industriales urbanas a partir de 1970.

LOS TRES TIEMPOS

La estrategia política debe operar en diversos planos a la vez, lo que plantea incesantes problemas de prioridad. El automovilista que quiere alcanzar el fin de su trayecto del modo más rápido y/o tranquilo debe, en lo inmediato, evitar la calle obstruida, sortear una fila bloqueada, esquivar al peatón imprudente. A la vez, debe estar atento a lo que está más allá de lo inmediato hasta el límite de su campo visual, detectar el riesgo de embotellamiento, eventualmente estar dispuesto a modificar su itinerario y hasta a transgredir el código internándose por un paso prohibido. De ese modo la estrategia política constantemente debe combinar lo inmediato, el mediano plazo y el largo plazo.

Al pasar de un plazo a otro se cambia de perspectiva, aunque no exista una verdadera frontera entre ellas, se superpongan y se hallen presentes una en la otra. Esos tres tiempos deben trabajarse al mismo tiempo; es decir que el mediano y el largo plazos deben hallarse presentes en el presente.

1. LO INMEDIATO Y EL PRESENTE

Es precisa una política al día, tanto más cuanto que el futuro es confuso. Es preciso navegar sin instrumentos y hasta sin visibilidad.

La política de lo inmediato se orienta a situaciones de urgencia, pero también a los preparativos de largo aliento.

La situación de urgencia exige pragmatismo y una política del mal menor; exige también una inversión provisoria de los principios. Como dijeron Hipócrates y Avicena, no se deben tratar los síntomas sino las causas de una enfermedad, lo que se llama hacer una medicina en profundidad y de larga duración. Pero si el enfermo está muy mal, se debe intervenir sobre los síntomas, en primer lugar hacerle bajar la fiebre, antes de emprender el tratamiento de fondo. Sin embargo, la multiplicación de las intervenciones de urgencia hace abandonar los tratamientos de fondo, y la política miope, al día, deja de ser el recurso extremo para transformarse en la política normal.

Lo inmediato se ve cada vez más desordenado por los múltiples imperativos de preservación vital -guerras locales que amenazan generalizarse, amenazas atómicas, erupciones brutales de barbarie, catástrofes naturales y/o técnicas. Las presiones de lo inmediato provocan constantemente imperativos contradictorios (double bind) entre las exigencias políticas profundas, que requieren inversiones intelectuales y políticas rentables sólo a término, y las ventajas de los beneficios o goces del momento.

La idea de tiempo presente, más amplia que la de lo inmediato, conjuga lo inmediato con el mediano plazo. Apela al *aggiornamento* y la modernización políticas para superar los "arcaísmos" y proceder a las adaptaciones indispensables a las necesidades del tiempo presente. Pero, si es necesario eliminar métodos, recetas, fórmulas caducas, es preciso antes asegurarse de que realmente lo son y no que simplemente están pasadas de moda, ya que lo "pasado de moda" se muestra a menudo más robusto en el uso que lo moderno

propuesto. No hay que hacer en política como hicieron esos campesinos bretones que reemplazaron por muebles de serie en madera blanca sus viejos muebles artesanales en maderas nobles, que tiraron u ofrecieron a revendedores para descubrir luego y demasiado tarde su valor.

¿Hay que fundamentarse -Y planificar- sobre el hoy, mientras está siendo superado?

En materia de educación, por ejemplo, el "modernismo" cree que hay que adaptar la Universidad a las necesidades sociales presentes del mercado y de la economía, mientras que la Universidad tiene también como misión integrar al presente los valores transeculares que lleva en sí. Por otra parte, a pesar de las resistencias académicas, es desde el presente desde donde hay que preparar la reforma de pensamiento que permitirá responder a los desafíos de la complejidad que nos impone lo real. Tal reforma sería mucho más que agiornamento y modernización: respondería a las necesidades mismas de la persecución de la hominización.

Se cree que hay que adaptarse al presente, pero a la vez hay que adaptarse al presente y adaptar el presente a uno. No es preciso modernizar, si ese término tiene el sentido de aceptar como necesidad natural todo lo que es moderno y adaptar la política a los hechos. Por el contrario hay que modernizar la política en el sentido de adaptarla a los nuevos problemas antropolíticos y planetarios que han irrumpido en su seno. Pero también es preciso politizar la modernidad integrándola justamente en la perspectiva antropolítica y planetario.

En ese sentido, hay que superar los *aggiornamenti*, las modernizaciones, los posmodernismos miopes y superficiales. Es preciso a la vez adaptar la política al presente y adaptar el presente a la política.

2. EL MEDIANO PLAZO

La política de mediano plazo es una política que opera en el sentido de las finalidades terrestres, a la vez que es una política de transición que tiene en cuenta las dificultades, resistencias, corrientes y contracorrientes.

Es en el mediano plazo donde deben afirmarse los principios de estrategia antropolítica y las normas que hemos enunciado más arriba.

3. EL LARGO PLAZO

La política de largo plazo obedece a la atracción de las finalidades que hemos encarado, que deberían recordarnos sin cesar las ideas guía y las ideas fuerza.

Como el mediano plazo -y más todavía- el largo plazo exige, en el propio presente, una inversión política y filosófica, por la que no se inquietan para nada quienes se dicen heraldos de un futuro mejor; la inversión en la tarea de repensar la política exige una verdadera refundación, que precisa de una reforma de pensamiento. Y éste es el propósito de este libro.

LOS TRES ESPACIOS

Tal como el universo microfísico, el universo macrocósmico y el universo mesofísico de nuestra zona media situada entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño son de naturaleza heterogéneo, aunque se trate del mismo universo, así también el universo miosociológico (el de las relaciones de persona a persona), el universo mesosociológico (el de las etnias y sociedades) y el macrosociológico (el de las grandes áreas de civilización y el espacio planetario) son heterogéneos aunque se trate del mismo universo. En general la política se sitúa en la escala mesosociológica, tiende a olvidar las microrrelaciones de persona a persona 7 (es decir lo concreto de las vidas individuales) y lo universal concreto de

los problemas planetarios. La misión de la antropolítica radica en considerar esas tres escalas y aportar, de modo específico para cada una, los principios y la estrategia de la hominización.

Por último, no olvidemos lo que constituye la originalidad misma de la era planetario en el siglo xx, la constitución de un espacio-tiempo planetarizado complejo donde todas las sociedades, transportadas a un mismo tiempo, viven en él tiempos diferentes -tiempo arcaico, tiempo rural, tiempo industrial, tiempo posindustrial, etcétera. Todo eso debe llevarnos a romper con la idea de que de aquí en más hay que alinear a todas las sociedades en el tiempo más rápido, el tiempo cronometrado, el tiempo occidental. Más bien debe llevarnos a vivir la complementariedad de tiempos diferentes, a contener la invasión del tiempo cronometrado, a desacelerar el tiempo occidental.

PREPARAR LA DESACELERACIÓN

Nuestra civilización está enferma de velocidad. La toma de conciencia de la carrera loca, de riesgo de desbocamiento es urgente. Hay que frenar, disminuir la velocidad para alcanzar otro futuro. De aquí en más es necesario encarar la regulación internacional del crecimiento y de la competencia económica y promulgar una carta de las normas de vida que incluya los derechos del tiempo humano.

. ¿Cómo desacelerar? Este problema requiere la misma toma de conciencia mundial que la que comenzó a manifestarse en la Cumbre de la Tierra en Río. Es un problema que, en la era de la interdependencia, no puede ser tratado por una sola nación, que se encontraría en una autarquía asfixiante.

Sin embargo, una iniciativa de las grandes potencias industriales puede desencadenar la desaceleración. Así el rechazo de los Estados Unidos, en parte por presión ecologista, a utilizar el avión comercial supersónico, ha dado lugar a que, hasta el presente, su uso no haya podido generalizarse en el mundo. Por primera vez en el siglo xx, no se adoptó una solución técnica que acrecienta la velocidad; al menos fue diferida. Se podrían enfrentar normas de decronometrización para muchas actividades humanas, incluyendo el retorno a actividades retribuidas por tarea, objeto terminado o servicio producido y no por tiempo de trabajo, se podría rehabilitar la lentitud -*lentum in umbra*- en la vida cotidiana, ampliar y desarrollar las posibilidades de convivencia en las que aparezca un tiempo propiamente humano, generalizar el año sabático en todas las profesiones. Las nuevas técnicas que permiten el desarrollo de la producción economizando energía humana invitan hoy a reconsiderar la noción de trabajo -que se vuelve cada vez menos energético y más informático- y a remediar la superespecialización para hacer refluir el dominio del tiempo cronométrico y de la lógica rígida de la máquina artificial.

PREPARAR LA ERA METATÉCNICA

La tercera revolución tecnológica -la primera fue la de la máquina de vapor, la segunda la de la electricidad- es de naturaleza computo/informático/comunicacional. Tiende a liberar de las restricciones de la distancia y del espacio. Las redes predominan sobre los lugares -las redes telex-faxradio-computadoras ya aseguran el funcionamiento del mercado mundial- y el trabajo cada vez más puede separarse de un lugar centralizador.

La evolución de la tecnología pronto permitirá encarar una nueva lógica de la máquina artificial más cercana de la lógica cerebral natural por el desarrollo de computadoras con redes casi neuronales, cuyos efectos podrán modificar no sólo la vida fuera del trabajo sino también la vida del trabajo.

Entonces se puede esperar que la técnica deje de ser la guía ciega de nuestro futuro; se puede esperar la integración de la técnica en las finalidades humanas. Debemos preparar la era metatécnica.

Vemos así que la estrategia de una antropolítica planetaria requiere a la vez del mantenimiento simultáneo de imperativos antagónicos, un difícil encastre de exigencias muy diferentes según los tiempos y los espacios y recursos permanentes de repensamiento, verificación y modificación.

Sin duda, toda estrategia es un arte y el arte se manifiesta no tanto en la obediencia a reglas -del arte- como en el manejo alternativo o polifónico de las reglas. Es lo que había presentado Saint-Just cuando decía que el arte de gobernar no había producido más que monstruos.

Si la antropolítica tiene éxito en encarnarse, en formar un movimiento, una tendencia, la marcha hacia sus finalidades será una tarea aleatoria de muchos siglos. Incluso cumplida, deberá regenerarse sin cesar.